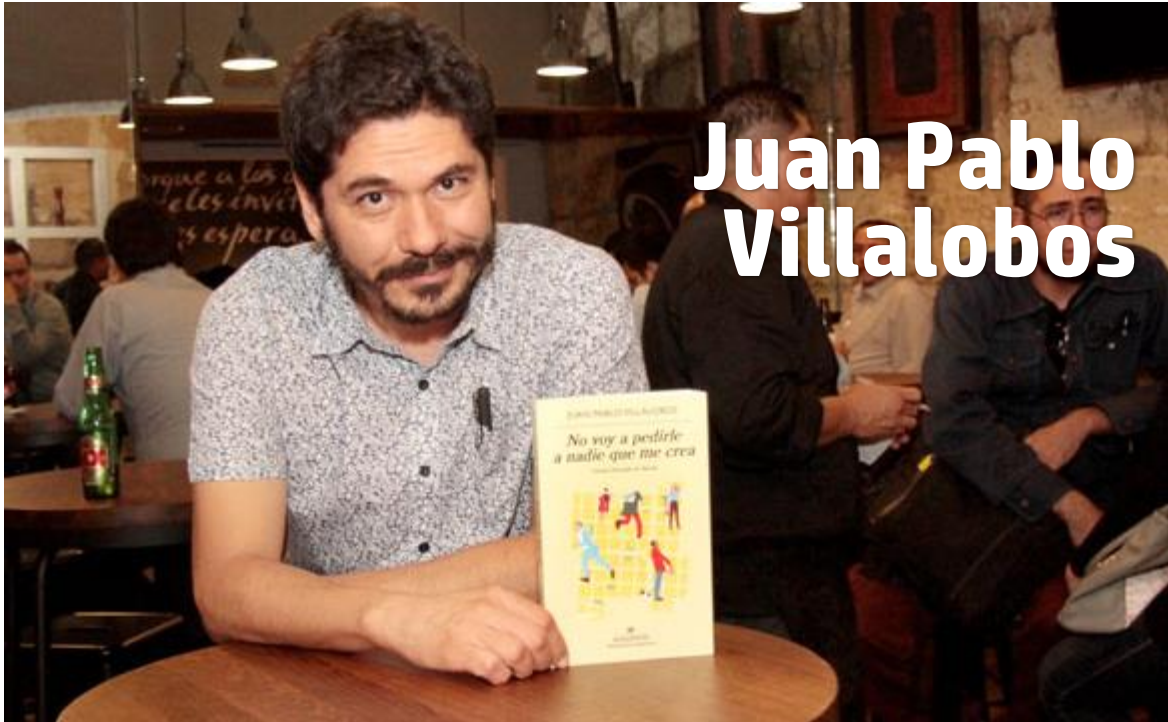


Tertulias literarias



Juan Pablo Villalobos

Juan Pablo Villalobos nació en Guadalajara, en 1973, y creció en Lagos de Moreno, ambas ciudades del estado de Jalisco. Es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Universidad Veracruzana; autor de las novelas *Fiesta en la madriguera* (2010), *Si viviéramos en un lugar normal* (2012), *Te vendo un perro* (Anagrama, 2014) y *No voy a pedirle a nadie que me crea* (Anagrama, 2016). Es colaborador de diversos medios, como Letras Libres, Gatopardo, Granta, O Estado de São Paulo y los blogs del English Pen y de la Companhia das Letras. Ingresó al Sistema Nacional de Creadores de Arte de México en la edición 2012.

Operación Villalobos

Por Daniel Gascón (Revista de Libros, 2017)

Esta novela humorística de Juan Pablo Villalobos (Guadalajara, México, 1973) parodia varios géneros y estrategias narrativas: la novela negra, la autoficción, la metaliteratura. El autor utiliza su biografía, se ríe de sí mismo y sitúa al personaje de un estudiante eterno, aspirante más o menos secreto a escritor, en medio de una trama de acción que lo supera, un poco a la manera de *Operación Shylock*, sin la gravedad ni la carga histórica de la novela de Philip Roth. Es una obra polifónica, el encuentro a veces accidentado de varios manuscritos: una novela autobiográfica, cartas que se leen cuando el remitente ya está muerto, el diario de una novia abandonada y los mensajes imperiosos de la madre del protagonista de la novela, un joven mexicano llamado Juan Pablo Villalobos.

El Juan Pablo de la novela viaja a Barcelona para hacer un doctorado, pero poco antes su primo, poseedor de la peligrosa combinación de ineptitud y entusiasmo, le pide que le ayude en un

2018-2019

Tertulias literarias

negocio. Durante la mayor parte del libro el negocio es impreciso pero turbio (el primo es asesinado en las primeras páginas de la novela). El protagonista se traslada a España con la novia con que está terminando una relación, Valentina. Una de sus misiones es entablar relación con Laia, una lesbiana que viene de una familia de la burguesía catalana. Por instrucciones de los mafiosos, Juan Pablo debe cambiar el tema de su tesis –los límites del humor en la literatura latinoamericana del siglo XX– por uno vinculado a los estudios de género.

El libro –la cuarta obra de Villalobos, tras *Fiesta en la madriguera*, *Si viviéramos en un país normal* y *Te vendo un perro*, y ganadora del premio Herralde de Novela– puede leerse también como una gran broma sobre la identidad, y presenta una Barcelona sobre todo de extranjeros, donde coinciden personajes de orígenes muy distintos: un italiano okupa, paquistaníes homosexuales, argentinos cocainómanos, chinos de Hospitalet, la novia de Juan Pablo. (A los nativos se les ve menos, aunque se intuye una burguesía difícil de alcanzar y entre las jóvenes de la novela abundan las Laias y las lesbianas.) Buena parte de la comicidad deriva del juego de los tópicos: de la expresión o insinuación de los prejuicios, del desmentido de lo que era de esperar, de la caricatura, del cliché que retrata más al emisor que al referente. Hitchcock decía que cuando sitúas una película en Suiza deben salir vacas y chocolate; en *No voy a pedirle a nadie que me crea* aparecen los narcos mexicanos y el blanqueo de capitales junto a la corrupción del nacionalismo y el 3%. «Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja a que te hagas amigo de un catalán», advierte un mexicano a Juan Pablo. La esposa del argentino («la boluda», en palabras de su marido Facundo) enseña a su hija pequeña frases de Jacques Lacan y Alejandra Pizarnik. La tesis de Laia es sobre heteronormatividad y multiculturalidad. Ahmed, el paquistaní, explica que la gente sólo se fija en la cara para clasificar a los demás.

La trama es deliberadamente arbitraria y delirante. Lo que realmente impulsa la novela es la habilidad con que está construida, la sensación de inventiva y juego. Un elemento central es la importancia del ingenio lingüístico y la capacidad de recrear distintos dialectos e idiolectos. Están el registro culto –ocasionalmente confuso y atemorizado– de la novela de Juan Pablo y el tono confesional de Valentina, al borde de la indigencia. Pero también las cartas racistas y clasistas de la madre, que habla en tercera persona de sí misma: «Ya te imaginaba tu madre dando clases de español en una secundaria pública de Pachuca o en una preparatoria de Guadalajara (donde ibas a ser la burla de todos los estudiantes), casado con esa pobre Valentina para la que vivir en un departamento de dos cuartos con agua potable y luz ya hubiera significado un ascenso social». O el registro más bajo del primo, que mezcla el remedo de la jerga empresarial y el lloriqueo agresivo del macarra: «para que este negocio salga bien hay que supervisar todos los detalles, hacer un follow-up muy cabrón, no dejar ni un pinche hilito suelto». Sobre Laia dice:

“...era la hija de un político catalán bien pesado, un cabrón que había estado en el Parlamento europeo y que ahora trabajaba en una empresa pública muy pesada, y que el hijo de la chingada estaba en el consejo de administración de no sé cuántas compañías transnacionales, telefónicas, de gas, bancos, petroleras. El cabrón está cagado en lana. Y viene de una de esas familias que han cagado lana desde la era de las cavernas, desde

Tertulias literarias

la Edad Media o el Renacimiento, desde la época Neandertal. Nadie se tira un pedo en Cataluña sin pedirle permiso a este cabrón, cabrón.”

Estas cuatro voces mexicanas se suman a otras muchas de otros lugares y extractos también caricaturizadas. No voy a pedirle a nadie que me crea juega con los malentendidos lingüísticos y con las diferencias dialectales: vemos que una mexicana dice un performance, mientras que una catalana dice una performance. A veces el catalán (una de las lenguas que supuestamente utilizan muchos personajes, aunque el libro no mantiene la diglosia y apenas la utiliza) contribuye a la confusión. Juan Pablo habla de un elevador que sube *«para arriba, como le gusta decir a las lumbreras de este país redundante»*; al oír el verbo «coaccionar» en una conversación, Valentina piensa que quizá la brutalidad peninsular que suele parecerle irritante tenga que ver con una búsqueda de la precisión. Otras veces el humor reside en la ignorancia de las condiciones de otros lugares: *«No sé cómo son las cosas en tu país», «tenemos casos de violencia machista todos los días»,* alerta una policía española a una mexicana.



Otro recurso habitual es la repetición. En algunos casos lo que se repiten son expresiones; en otras, rasgos físicos o comentarios. Por ejemplo, las ronchas que le salen a Juan Pablo cuando está inquieto (es decir, durante casi toda de la novela), y que provocan comentarios y diagnósticos de muchos de sus interlocutores, o los dientes torcidos de Laia, incluso el mal olor de algunos de los personajes más desamparados del libro.

No voy a pedirle a nadie que me crea es una novela metaliteraria, que alude a narradores como Jorge Ibargüengoitia y Augusto Monterroso, a la tradición de Barcelona como ciudad literaria (y escenario de novelas de humor, como las de Eduardo Mendoza) y a su importancia en la literatura hispanoamericana. Aparecen escritores y estudiosos. En algunos casos a través de

sus libros: Valentina lee a Sergio Pitol y sus recuerdos de Barcelona; copia unas palabras donde Fray Servando critica la fisonomía de los catalanes; lee también *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. Juan Pablo, lector compulsivo y aficionado a inventar teorías, examina la biblioteca del tío de Laia y ve que, aunque bien surtida, sólo contiene lo elemental en lo referido a autores mexicanos: Juan Rulfo, alguna cosa de Octavio Paz. Otras veces esos escritores y críticos aparecen como personajes secundarios: es el caso del crítico Fernando Valls, o de Manuel Alberca, biógrafo de Valle-Inclán y, lo que quizá sea más relevante para la obra, estudioso de la autoficción.

Los títulos de los capítulos juegan con la metaliteratura y con las expectativas del relato, y los personajes ven sus piezas como una obra literaria o se preocupan por la recepción: *«El problema, al tratar de reconstruir la historia, es que no soy un narrador omnisciente»*, anota Valentina, que decide que *«esta historia es como el relato clásico de transformación de un héroe, que al fin y al cabo es la esencia de todas*

Tertulias literarias

las novelas". Juan Pablo escribe: "Escribo porque en el fondo soy un cínico que lo único que ha querido es escribir una novela [...]. Y aunque exagere un poco (no hay comedia sin hipérbole), todo lo que cuento en mi novela es verdad. No hay lugar para la ficción en mi novela. Puedo demostrarlo todo, tengo pruebas. Todo es verdad. No voy a pedirle a nadie que lo crea». Más adelante (en la página 218), le dicen: «Has llegado hasta aquí de pura pinche chiripa, compadre, pero ya debes andar como en la página doscientas y el libro tiene máximo doscientas cincuenta». Laia (la mossa d'esquadra) y Valentina entablan una discusión sobre teoría literaria para decidir si deben interpretar si lo que cuenta la novela de Juan Pablo es o no cierto.

«El humorismo es el realismo llevado a sus últimas consecuencias», dice una frase de Augusto Monterroso que se utiliza como uno de los epígrafes de la novela. Ian McEwan ha escrito alguna vez que el riesgo de las novelas de humor es que pueden recordar a alguien que te ata y te hace cosquillas con un pluma. No es el caso de *No voy a pedirle a nadie que me crea*, un divertimento ligero y construido con habilidad: una novela cómica escrita con ingenio e inteligencia. Y, al fin y al cabo, siempre hay demasiada poca gente que nos haga reír.

Fonte: <https://www.revistadelibros.com/resenas/no-voy-a-pedirle-a-nadie-que-me-crea-villalobos>

No voy a pedirle a nadie que me crea

Premio Herralde 2016

Reseña de Olmo Balam (Correo del Libro)

En uno de los momentos climáticos de *No voy a pedirle a nadie que me crea* alguien dice: "Aquí no hay personas, hay personajes". Hasta ese punto de la novela, Juan Pablo Villalobos -no el escritor factual, pero sí el narrador- se ha metido en tal cúmulo de embrollos que la distinción entre ficción y realidad se difumina, no por la verosimilitud, sino porque todo es sospechosamente cómico.

La literatura mexicana ya es, a estas alturas, una de las que mejor ha cultivado el humor. El tópico se ha invertido y tras una larga tradición -que va desde el mismísimo Fernández de Lizardi hasta maestros de la comedia como Ibargüengoitia, Monterroso y Pitol- la comedia se ha vuelto uno de los abrevaderos más visitados por los narradores de nuestro país. El premio Herralde de Novela 2016 se une a esa tremenda constelación que vierte el humor sobre el espíritu de la literatura de nuestros tiempos: el de la novela de auto-ficción y con profusión de estructuras y voces narrativas entrelazadas, el de la literatura que no puede parar de hablar sobre la propia literatura.

No voy a pedirle a nadie que me crea es una comedia de complicaciones que no se detienen ni siquiera con el final. Todo comienza con Juan Pablo, quien en vísperas de viajar a Barcelona para realizar un posgrado en literatura recibe la llamada de su primo, "El Proyectos", un pariente con pretensiones de emprendedor que a lo largo de su vida se ha distinguido por llevar a mal cabo todo tipo de empresas fallidas. El proyecto de esta ocasión se le ha salido de las manos, como siempre, pero

Tertulias literarias

ahora involucra también a su primo, quien servirá de conecte en Cataluña a un grupo criminal cuyas actividades nunca se explican del todo.

A partir de ahí la novela se ensambla con cuatro voces narrativas: la de Juan Pablo, quien escribe a su vez una novela con sus memorias de lo que ocurre en España; la de su novia, que escribe un diario que sirve de contrapunto a la perspectiva de su pareja; las cartas del primo desgraciado que van tratando de enderezar el mal rumbo que ha tomado el proyecto, y, finalmente, las cartas de la madre de Juan Pablo, quizá las más graciosas pues retratan a una señora de clase media, acomplejada y clasista que sermonea a su hijo para que “mejore la raza”, ya que anda por Europa sin sospechar que el caos se ha apoderado de él.



Casi imperceptible por los buenos oficios de Villalobos -el escritor-, hay un juego de puntos vista y planos temporales que se pone en funcionamiento gracias al estilo de los narradores. Las cartas del primo y la madre vienen escritas en segunda persona, lo cual resalta el desquiciamiento de ambos personajes; su tono intimista, casi de confesionario (el monólogo es una de las especialidades de Villalobos, quien ya lo había amestrado en *Fiesta en la madriguera* o en su traducción de *Todos los perros son azules*). Frente a ellos, están los diarios de Juan Pablo y su novia. El primero -como se devela poco a poco- es también una pretendida auto-ficción, a través de la cual Juan Pablo intenta desprenderse del aciago rumbo que ha tomado su vida en manos de un licenciado lépero y una pandilla multinacional que lo obligan a hacer toda clase de fruslerías -como ligarse a una lesbiana- mientras su cara se llena de ronchas vergonzantes. Y como contrapunto, el diario la novia, uno que sí tiene fechas y pretende consignar todo lo que pasa.

El resultado es una novela a cuatro voces, o un cuarteto narrativo en el que, sin embargo, no siempre una línea complementa a la otra; mucho mejor, se contradicen y se niegan mutuamente, tanto por perspectiva como por el estilo de cada uno de los narradores.

Novela barcelonesa por excelencia -no por nada su modelo es el “Diario de Escudillers” que aparece en *El arte de la fuga* de Sergio Pitol-, la risa se mueve sobre todo tipo de tópicos: el patrioterismo y la corrupción catalanas, el clasismo y la violencia en México, la mezquindad de los provincianos, la estupidez de las academias literarias, la migración en Europa, el activismo de género, las tertulias literarias, el cosmopolitismo (es esta una novela profusa de personajes de diversas nacionalidades y de llamadas telefónicas a través de locutorios) y, por supuesto, Barcelona, capital cultural a la vez que infierno chico.

Tertulias literarias

A final de cuentas, es el propio dispositivo de la narración el que se pone en discusión, una discusión en plan cómico: “la verdad tiene estructura de ficción”, como se da cuenta otro de los personajes que se ven envueltos en la comedia de Juan Pablo. Pues, como tal, la verdad no se puede saber pero sí circunvalar gracias a la literatura. “La vida contada por el mismo que la vive ya es un chiste”. Esta frase de Renzi en los diarios de Ricardo Piglia bien podría acompañar a *No voy a pedirle a nadie que me crea*, novela donde se constata que, en efecto, la comedia no es otra cosa que una tragedia que le pasa a otro.

Fonte: http://www.correodellibro.com.mx/libro_de_la_semana/no-voy-a-pedirle-a-nadie-que-me-crea/

Perspectivas dislocadas

No voy a pedirle a nadie que me crea, ganadora del Premio Herralde, es una ácida parodia del mundo literario

Francisco Solano (El País, 2016)

Además de cáusticas y delirantes, dotadas de un grueso humor muy estilizado (por raro que parezca), las novelas de Juan Pablo Villalobos (México, 1973) no se someten a ninguna regla, excepto a la lógica del absurdo. Así fue en *Fiesta en la madriguera* (2010), *Si viviéramos en un lugar normal* (2012) y *Te vendo un perro* (2015), donde su escritura operaba con drásticas maniobras contra la convención. Pero el argumento es muy reconocible, casi de manual. Ahora, en *No voy a pedirle a nadie que me crea*, último Premio Herralde, se trata de un mexicano, con el nombre del escritor, que viaja a Barcelona para hacer un doctorado. Que el doctorado sea “sobre los límites del humor en la literatura latinoamericana del siglo XX” es una de las muchas parodias con que está sembrada la novela. Y un modo de esclarecer que la novela tiene conciencia de sí misma.

Villalobos trabaja con material autobiográfico, pero no por ello restringido a la realidad, sino orientado por los decursos que procuran los devaneos de la literatura. Devaneos que no son piruetas de quien busca hacer reír, aunque la risa está asegurada. El prisma con que trasciende la realidad es una revulsión por la vía de los equívocos, sin límites de deformidad moral, con los que registra a los personajes en un clima de irreverencia, consciente de que “los lectores pueden apropiarse de un texto y tergiversarlo para hacerlo confirmar sus prejuicios, en este caso contra los mexicanos”.

Juan Pablo (el personaje) llega a Barcelona captado en México por una organización mafiosa, adonde le metió un primo (que será asesinado, o no, aquí no hay certeza de que lo que sucede realmente ha sucedido), en calidad de enlace para una actividad ilegal, pero sobre todo amenazante. De manera que va a ser manejado por esa organización que traspasa fronteras y está incrustada en la sociedad catalana. Esta hipérbole sería materia suficiente como rechifla sobre el prejuicio, pero la novela incluye un festivo juego de perspectivas dislocadas, una colisión de géneros. Confronta la voz del narrador, su tembloroso testimonio, con el diario desquiciado de su novia (que vive prácticamente en la indignancia), con las cartas de su difunto primo y con los largos correos que le envía su madre, una mujer que habla de sí misma en tercera persona con una ternura cínica que

Tertulias literarias

resulta incluso encantadora. Con ello propone una suerte de demolición de la necesidad de hacer una carrera, de tener una vida estable, de ser un ciudadano de provecho, y a la vez nos advierte de la ineficacia de recurrir a *“esa pinche simulación de la literatura”*. La novela, de hecho, no tiene final y queda varada, sin condescender a solucionar los embrollos que atenazan al pobre Juan Pablo. Pero la inteligencia del autor se impone sobre la chanza y los descabros, y especialmente sobre el sinsentido, que redime con el desahogo de una transpiración sarcástica que convierte su lectura en una valiosísima propuesta de remoción literaria.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2016/12/27/babelia/1482842210_578002.html

No voy a pedirle a nadie que me crea

Reseña de Nadal Suau (El Cultural, 2016)



2016 ha agrandado la relación de la narrativa en lengua española con la ciudad de Barcelona desde perspectivas diversas: Antonio Soler y Juan Miñana han buceado en su historia, José Carlos Llop y Marcos Ordóñez en la vinculación de su generación, protagonista de la Transición, con ese escenario urbano, y Miqui Otero planteó otro relato generacional, notable y que guardaba relación directa con la memoria de este reseñista, con Rayos (Blackie Books).

Ahora, Juan Pablo Villalobos (Ciudad de México, 1973) publica *No voy a pedirle a nadie que me crea*, que entre otras muchas cosas es un juego tan lúdico como perverso con otra tradición, la de la mirada latinoamericana en Barcelona. En la novela, Villalobos obtiene una beca para estudiar un doctorado en Literatura en la Universidad Autónoma, algo que de pronto, y del modo más estrafalario, lo convierte en candidato perfecto a ser utilizado por una poderosísima red criminal que opera a nivel internacional.

Desarbolado, con la piel llena de ronchas (alergia o reacción nerviosa, ustedes pueden escoger), farfullando un *“esteeee”* tras otro mientras los hilos de su vida son estirados por fuerzas ocultas, Villalobos verá cómo su vida barcelonesa se convierte en una parodia de novela negra protagonizada por un antihéroe de manual. Encomendado a las presencias no particularmente tutelares de Bolaño (de Los detectives salvajes se dice que es una excelente arma arrojadiza, incluso en edición de bolsillo) o Sergio Pitlor (de quien no se cita, pero se podría, aquella famosa frase con la que aceptó el premio Rómulo Gallegos: *“muchas gracias a todos por su ausencia”*), el Villalobos personaje le sirve al Villalobos autor para hablar sobre alteridad, mestizaje o deslocalización, pero también para sintetizar la actual Barcelona con frases tan precisas como esta: *“Sólo conoce dos estados de ánimo: la histeria del parque de diversiones y la desolación de los cementerios”*. Y convengamos en que Barcelona sirve perfectamente como metonimia del Mediterráneo turístico.

Tertulias literarias

Al Villalobos-personaje de *No voy a pedirle a nadie...* lo acechan una mafia tenebrosa, un primo fallecido que más parece un cuñado coleante, una madre que habla de sí misma en tercera persona, una superestructura de clase y una novia que estudia el género del diario íntimo. Casi nada. Lo último es interesante, porque otro de los frentes de la novela es el de la autoficción, y de ahí su título: es muy sensato que no se nos pida creernos esta pieza confesional, porque no hay quien se la crea. Pero, ¿y los diarios íntimos, la narrativa autoficticia, las memorias? Sin que mi respuesta sea necesariamente la misma, escéptica, que la que parece dar el autor a esa pregunta, lo cierto es que el giro paródico del libro es, en este sentido, muy ingenioso, y justifica la multiplicidad de registros genéricos (cartas, fragmentos de una supuesta novela autobiográfica, notas de diario, incluso mensajes de voz en un teléfono...) y estilísticos (Villalobos es muy bueno imitando acentos y jergas, o convirtiendo las muletillas de los personajes en un recurso tanto rítmico como cómico).

Novela desmitificadora, *No voy a pedirle a nadie...* imagina la corrupción como gran relato oculto de nuestras vidas, colándose en el territorio en principio inverosímil, por marginal e irrelevante, de los Doctorados en Humanidades o los seminarios lacanianos. Como al director de *Mulholland Drive* (la película de Lynch), una fuerza incomprensible le dice a Villalobos “*this is the girl*”. Y nosotros nos reímos (¡mucho!), aunque quizás no debiéramos porque en esa risa va implícito el reconocimiento de que sí podemos creernos algunas cosas de las que nos cuenta. Por cierto, la risa en Villalobos es vecina de la practicada por algunos protagonistas de la renovación narrativa en lengua catalana reciente. He aquí, está claro, un barcelonés.

Fonte: <https://www.elcultural.com/revista/letras/No-voy-a-pedirle-a-nadie-que-me-crea/38980>



[Arquivo documentación Tertulias Literarias \(dende 2010\)](#)



Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>